

RAÚL H. ASENSIO

**EL
APÓSTOL
DE LOS ANDES**

**El culto a Túpac Amaru en Cusco
durante la revolución velasquista
(1968-1975)**



ÍNDICE



INTRODUCCIÓN.....	9
AGRADECIMIENTOS	23
1. Una ciudad en reconstrucción	25
2. Los primeros tupacamaristas.....	53
3. Tiempo de revolución.....	83
4. Omnipresencia y culto público.....	105
5. Los iconoclastas.....	139
6. El monumento esquivo	159
7. Impregnación religiosa.....	187
8. Hasta la última comunidad	217
9. Donde pisaron sus pies	245
10. Caballos y anticaballos.....	283
EPÍLOGO: UNA COLUMNA FUNDAMENTAL.....	315
BIBLIOGRAFÍA	333

INTRODUCCIÓN



El 5 de septiembre de 1969 Cusco amaneció convulsionado. Los primeros en descubrirlo fueron, limpiadores y empleados que desafiaban el frío del alba y acudían presurosos a cumplir sus tareas. Su sorpresa fue mayúscula: la estatua que presidía la plaza de Armas ya no estaba en su sitio. Yacía medio caída, volteada de costado, en una posición poco elegante, junto a su pedestal. Algunos sintieron este hecho como un ultraje, pero para la mayoría fue un motivo de mal disimulada alegría. Era una estatua curiosa, que no dejaba indiferente a nadie. Desde que muchas décadas antes la habían colocado en el lugar más emblemático de la ciudad, había desatado la polémica. Los cusqueños se preguntaban qué era exactamente y por qué la habían puesto ahí. Sin embargo, para los visitantes extranjeros la figura no ofrecía ninguna duda: era un piel roja, un genuino y auténtico piel roja norteamericano, como los que habían visto cientos de veces en los wésterns del país del norte. Incluso tenía su tocado de plumas, su arco y sus flechas.

¿Qué hacía un piel roja en el centro del antiguo Imperio inca? ¿Quién había destruido la estatua y por qué? ¿Qué había llevado a los cusqueños —o al menos a un sector de ellos— a tomar esa decisión tan radical? ¿Qué buscaban con ese ataque a su propio patrimonio? ¿Qué historia había detrás de los iconoclastas que acabaron con el piel roja? Este libro trata de responder estas y otras preguntas referidas a la historia cultural cusqueña de finales de los años sesenta y principios de los setenta. En concreto, me

propongo analizar los orígenes y la evolución de lo que daré en llamar “el culto cusqueño a Túpac Amaru”, el gran héroe rebelde del siglo XVIII que simbolizaba las virtudes de arrojo, valentía y desafío al poder con las que los cusqueños gustaban de identificarse a sí mismos. Porque esa era la respuesta al interrogante: quienes defenestraron al piel roja lo hicieron porque querían colocar en su lugar una estatua de Túpac Amaru.

Para contar bien esta historia, hay que remontarse unos meses antes de la destrucción del monumento. El 3 de octubre de 1968, un grupo de militares peruanos encabezados por el general de división Juan Velasco Alvarado derrocaba al presidente Fernando Belaunde Terry y se hacía con el poder. Belaunde había sido elegido con el apoyo mayoritario de quienes por entonces tenían derecho a voto. Desde una década atrás, era un reformista que había hecho de la modernización del Perú el eje de su carrera política. Pero su gobierno había estado muy por debajo de las expectativas. El Perú atravesaba una profunda crisis, debido a la inestabilidad política, a los alzamientos guerrilleros y a la creciente conflictividad social derivada de la errática política económica gubernamental. Siguiendo una tradición sólidamente arraigada en la cultura política peruana, un gobierno militar parecía la única solución posible para salir del atolladero.

Para los peruanos, un golpe de Estado no era algo nuevo. El país se había debatido durante décadas entre gobiernos civiles tíbicamente reformistas y pronunciamientos militares de todo tipo. La última dictadura había terminado solo tres años antes. La comedida reacción ante el golpe de Velasco evidencia esta anómala normalidad. Son pocas las protestas y, más allá de la retórica, casi nadie parece rasgarse las vestiduras. Ni siquiera los partidarios del derrocado presidente presentaron seria resistencia. Más que alarma o miedo, predominaba la sensación de historia ya conocida, que se repetía una y otra vez. El golpe de Estado despertaba los fantasmas de un país pobre, ingobernable y con un nulo arraigo institucional, donde la democracia era flor de un día.

Sin embargo, esta vez era diferente. El gobierno de Velasco no iba a ser un régimen militar más, enfocado en restablecer el orden antes de ceder el paso a otra débil democracia. Con su exaltada retórica nacionalista, el general nacido en Piura, al norte del país, iba a propiciar un quiebre radical en la política peruana, un periodo de intensas transformaciones, de ilusiones desmesuradas y de amargos desencuentros. La historia es muy

conocida. Tres días después del golpe de Estado, los militares ocupan las instalaciones en Talara (costa norte) de la International Petroleum Company. La nacionalización de las refinerías era el pistoletazo de salida de un apabullante programa de reformas sociales y económicas dirigidas a acabar con un estado de cosas que los militares percibían como oligárquico, racista e injusto. A golpe de decreto, en apenas seis años Velasco impulsa la reforma agraria más radical de América Latina y pone en marcha una reforma educativa que sobre el papel situaba al Perú entre los países más avanzados del mundo, expropia parte de los medios de prensa, elimina las elecciones, limita las actividades de los partidos políticos, trata de desactivar a los sindicatos, expulsa o invita a abandonar el país a connotados intelectuales opositores, impone la censura y prohíbe la importación de un gran número de productos extranjeros industriales y culturales. Amplía como nunca antes la participación del Estado en la vida económica, nacionaliza parte del transporte de pasajeros y mercancías y las telecomunicaciones, y promueve la industria nacional con una lógica de sustitución de importaciones.

En el ámbito internacional, Velasco se opone a las pruebas nucleares de Francia en el océano Pacífico, denuncia el intervencionismo norteamericano en América Latina, establece relaciones diplomáticas con Cuba y China, impulsa al entonces incipiente Pacto Andino, defiende las tradicionales tesis peruanas de soberanía marítima ampliada, compra nuevos equipos militares a la Unión Soviética, revitaliza la hostilidad antichilena y se convierte en uno de los líderes del movimiento internacional de países no alineados. Todo ello rodeado de un exacerbado discurso nacionalista y de una inflamada retórica antiimperialista, que dan una imagen del gobierno militar por momentos cercana al socialismo. Velasco llega incluso a ponerse a sí mismo como un ejemplo para países como Ecuador y Bolivia, en oposición a las dictaduras militares reaccionarias de Chile y Brasil. Se trata de una febril actividad que deja exhaustos tanto al país como al propio mandatario, que sucumbe a una dolorosa enfermedad antes de ser derrocado por sus propios compañeros de armas en agosto de 1975.

La “revolución peruana”, como gustaban llamarla sus partidarios, transforma y descalabra el país al mismo tiempo. Es el partaguas de la historia reciente del Perú, el punto a partir del cual las cosas ya nunca fueron iguales. En poco tiempo ocurren muchas cosas y todas importantes.